

según la costumbre de los eruditos de entonces. Pero Eneas Silvio Piccolomini respondió en nombre del emperador, su amo con frases positivas, añadiendo á ello algunas preguntas, á las cuales Marzupini no supo contestar por no estar preparado.

Llevaba Federico consigo á su sobrino Ladislao el Póstumo, casi prisionero; los húngaros urdieron una trama para robarlo; pero los florentinos impidieron su ejecución, aunque interponiéndose, si bien inútilmente, con el emperador en favor del príncipe. Casóse Federico y fué coronado en Roma (18 de marzo); visitó en Nápoles la espléndida corte de Alfonso; después á su vuelta, confirió mediante dinero, á Corso de Este, el título de duque de Módena y Reggio, de conde de Rovigo y Comacchio. Concedió además por dinero contante, títulos y prerogativas á aquellos que les daban importancia: creó nobles, notarios, condes palatinos, á todos á aquellos que quisieron pagarle el diploma. La isla de Murano era afamada por sus obras de vidrio, que se vendían muy caras, hasta el punto que una fuente de cristal con adornos de plata se compró en 3,500 ducados por un duque de Milan. Cuando Federico hizo, pues, su entrada en Venecia, el señorío le ofreció entre otros regalos, un magnífico servicio de cristal; ahora bien, el bufon de su majestad dió, á una seña del príncipe, un golpe con el hombro al aparador donde estaba el servicio puesto, y le hizo pedazos: como los asistentes se manifestasen muy afligidos, el emperador exclamó: «Si las piezas hubiesen sido de oro no se hubieran roto.»

Francisco Esforcia sabía cómo portarse con él; y cuando el emperador titubeó en reconocerle como duque, le bastó hacerle creer que quería defender con las armas en la mano la concesión de su predesor. Esforcia tuvo sujetos á sus nuevos súbditos: deshizo una liga que Venecia había organizado contra él con el rey de Nápoles, el duque de Saboya, el marqués de Monferrato, los sieneses y los de Correggio; y supo mostrarse necesario á los diferentes potentados. Un doble enlace le unió á la familia real de Nápoles, otras uniones le ligaron en parentesco con el marqués de Mantua, con la casa de Saboya y con Francisco Piccinino, capitán digno de suceder á su padre, lo que reconcilió á los Esforzeschi y los Bracceschi. Esforcia ayudó también á los genoveses á arrojar á los franceses, y la señoría de la república le fué después conferida á él mismo.

En resumen, fué uno de los más grandes príncipes, y fué atendiendo á la época, uno de los mejores. Conservó en el trono las maneras francas que había contraído en los campos. Llegado al poder con ayuda de la espada, le abandonó y asoció su política á la del negociante Cosme de Médicis. Honró las artes, gobernó con prudencia, y devolvió al gobierno su energía, sin tener que recurrir á la crueldad de los Visconti.

Más feliz que los demás guerrilleros, puede de-

cirse que fué el último; porque desde aquel momento pierden su importancia, y los príncipes tienen territorios bastante estensos para reclutar soldados en ellos con rentas suficientes para su manutención (22). En medio de las interminables batallas que se daban hacia dos siglos, los políticos habían imaginado que el único medio de conservación para la Italia, era mantener cierto equilibrio entre los Estados. A esto era á lo que se dirigían las alianzas alternadas y mucho más los guerrilleros, que se pasaban de uno á otro lado; de lo que resultaba que el más poderoso podía de la noche á la mañana encontrarse enteramente desprovisto. Florencia colocada en el centro, entre Venecia y Milan por la parte del Norte, y el patrimonio de san Pedro y Nápoles al Mediodía, se unía tan pronto á los unos como á los otros, según juzgaba necesario impedir el predominio de éstos ó aquéllos.

Las ciudades de la antigua liga lombarda se encontraban todas entonces bajo el dominio de uno solo, excepto Bolonia que estaba entre la tiranía y la libertad. La Sessia trazaba el límite entre el Milanesado y el Piamonte, donde los duques de Saboya no hicieron durante mucho tiempo otra adquisición que la del condado de Asti. En la Toscana, Siena y Luca se mantenían en libertad; el resto obedecía á los florentinos; Ferrara y Módena sufrían la ley de la familia de Este; Mantua la de los Gonzagas; Urbino pasaba de los Montefeltros á la casa de Rovere; la Romaña estaba dividida en cien pequeños señoríos. Pero el amor á las artes, al descanso y á las letras, ocupaban ya á los príncipes y á los pueblos, que ya no pensaban exclusivamente en la guerra. La consideración que en un tiempo no se concedía mas que al capitán, lo fué también entonces al literato y al artista. Después, de repente, la atención se dirigió sobre las conquistas de los turcos, que fueron el objeto de todas las conversaciones; y la toma de Constantinopla se consideró generalmente como un desastre doméstico, como un peligro común.

**Paz de fray Simoneto.**—Francisco Esforcia concibió entonces el pensamiento de reunir toda la Italia en una misma confederación, con el objeto

(22) En 1467 se publicó en Milan el siguiente edicto convocando á los ciudadanos para la guerra: «Se hace notorio y manifiesto á toda persona de cualquier grado y condición que sea, de parte de nuestro señor el tercer duque de Milan, etc., en todos los territorios de su dominio, que cualquiera soldado que tenga práctica en el servicio de las armas, así de á caballo como de á pié, ya sea del país, ya forastero, que al presente se encuentre habitando en los dominios ducales y que quiera ir al campo donde nuestro excelso señor duque allí se encontrará, vaya equipado y armado, pues que habrá buena y fuerte guerra en los países del Piamonte, presentándose apenas llegue al campamento á Pedro Francisco Visconti, caudillo y mariscal del campo, y luego que se ponga la banda blanca, como lo hacen los demás.»

de rechazar á todos los extranjeros cualesquiera que fuesen, y conservar en ella la paz. Se estipuló en Lodi (1454) bajo los auspicios de fray Simoneto de Camerino, entre Francisco, Cosme de Médicis, los señores de Saboya, de Monferrato, de Módena, de Mantua, las repúblicas de Venecia, Siena, Luca, Bolonia, el rey Alfonso y el papa. Respiró, pues, la Italia un momento después de tantas guerras, y pudo esperar que esta confederación salvase su independencia y libertad.

**Galeazo Maria.**—Galeazo Maria Esforcia, voluptuoso y sin piedad, se separó de las huellas de su padre, al cual sucedió (1466). La vigorosa administración de Francisco y los consejos de Cicco Simoneta, secretario de Estado, hombre lleno de prudencia, y versado en negocios por una larga práctica, había primero mantenido el país en tranquilidad; pero animado Galeazo Maria con el apoyo de Luis XI de Francia, su suegro, y con la alianza de los florentinos, no tardó en desenmascararse. Privó á su madre Blanca, mujer prudente y experimentada, de toda participación en los negocios; se dice que hasta la envenenó. Queriendo hacer ostentación de riquezas, se trasladó á Florencia con Bona de Saboya, su esposa, llevando por el inaccesible Apenino doce carros cubiertos de sarga de oro, cincuenta palafrenes para la duquesa y otros tantos para él, todos con arneses recamados de oro. Cien hombres de armas y quinientos infantes formaban su guardia; era además seguido por cincuenta escuderos vestidos de seda y plata, y quinientas traillas de perros de caza, con un enorme número de halcones; de tal manera, que contando á los cortesanos no había menos de dos mil caballos, y que el viaje costó 200,000 florines de oro (23). No quisieron los Médicis ser

inferiores en magnificencia, y pudieron añadir muchas preciosidades de las bellas artes; Florencia hizo enteramente el gasto de este numeroso séquito, y dió tres representaciones sagradas: la Anunciación, en la iglesia de San Felix; la Ascensión, en el convento de los carmelitas, y la Venida del Paracleto en la iglesia del Espíritu Santo, á la cual desgraciadamente se prendió fuego.

A la afición al fausto y á las más escandalosas sensualidades, unía Galeazo Maria la de las crueldades: complaciéndose en los refinados tormentos, no estaba completamente satisfecho si á espantosos suplicios no mezclaba algunas bufonadas; si sus orgías no tenían como sazón un triunfo desvergonzado, y la desesperación de los maridos y de los padres que había deshonrado. Hizo poner un día á su barbero en el tormento para probar su intrepidez, y cuando lo sacaron quiso que le afeitase. En el número de sus víctimas se encontró una hermana de Gerónimo Olgiato, que por vengarla se concertó con Andrés Lampugnani y Carlos Visconti. Imbuidos por Nicolás Montano en las ideas de libertad romana y en la gloria de los tiranidas, se comprometieron con juramento delante de los altares, como para una obra meritoria y santa, á dar muerte á Galeazo, y lo asesinaron (1476).

**Juan Galeazo.**—Enfurecido el pueblo los asesinó, y prestó homenaje á Juan Galeazo, hijo del difunto, de edad de seis años, cuya tutela se confió á Bona de Saboya, su madre, y á Cicco Simoneta, ministro no menos hábil que activo. Satisfacían al pueblo y tenían las provincias en la obediencia, pero los tios del duque, á quien el ejemplo de Francisco hacía creer que nada era imposible á su ambición, introdujeron la turbación en el Estado, pretendiendo con el apoyo de los gibelinos y del extranjero tener parte en la administración; Luis el Moro especialmente trataba de elevarse sobre las ruinas de todos. La prudencia de Cicco desbarató sus maquinaciones; pero al mismo tiempo el rey de Nápoles y Sixto IV suscitaban por todas partes enemigos á la nueva dominación.

Después de haberse entregado Génova de nuevo á los franceses (1458), y de haberlos arrojado luego con ayuda de Francisco Esforcia, que aunque manteniéndola en la sujeción había observado las

(23) «Llevaba consigo á sus principales feudatarios y consejeros; todos iban vestidos de tela de oro y plata regalada por el liberalísimo duque; su comitiva estaba muy bien equipada con trajes nuevos; los cortesanos pensionados por el príncipe vestían de terciopelo y otras finísimas telas de seda, é igualmente sus camareros, que se distinguían por brillantes recamados; á cuarenta de ellos les había dado un collar de oro, siendo el de menor precio de cien ducados; y Viricino Visconti iba delante de él llevando su espada. Tenía cincuenta escuderos todos vestidos con dos trajes, uno de tela de plata y otro de seda; en fin, hasta los criados de cocina estaban vestidos con diversos terciopelos y rasos. Hacía que llevasen tras él cincuenta caballos con silla de tela de oro, látigos tejidos de seda, estribos dorados, y sobre poderosos caballos iban elegantes mancebos vestidos con jugon de tela de plata y una capa de seda á la *esforcesca*; para la guardia de su excelencia, había cien hombres de armas, vestidos todos como capitanes, y cincuenta infantes escogidos, cada uno de los cuales estaba pensionado por el príncipe. Para la duquesa había destinado cincuenta hacaneas todas con sus sillas y arneses de oro y plata, sobre las cuales iban sus pajes ricamente vestidos; tenía doce carruajes, todos cubiertos de tela de oro y plata y recamadas sobre ellas las insignias ducales. Los colchones y las cabeceras eran de tela de oro

rizado, algunos de plata y otros de raso carmesí, y hasta los arcos de los caballos estaban cubiertos de seda. Para pasar los Alpes hizo poner estos carruajes sobre mulos. La comitiva se componía de dos mil caballos y doscientos mulos de tiro, todos enjaezados del mismo modo y con mantas de damasco blanco y de color más oscuro, llevando en medio recamadas de oro y plata las armas ducales, y los muleros vestidos de nuevo á la *esforcesca*. También llevaba quinientas parejas de perros de diversas clases y grandísimo número de halcones y gavilanes. Iban asimismo cuarenta trompetas y pifanos, muchos bufones y otros con diversos instrumentos músicos. Se calcula que todo este aparato costaría doscientos mil ducados.» CÖRIO.

condiciones estipuladas, se ingenió entonces lo mejor que pudo en hacer una magnífica acogida a Galeazo Maria (1464); pero él se presentó con un traje de una sencillez afectada, y medio amenazador, medio intimidado, se alojó en el castillo. Descontentos los genoveses hicieron, pues, ofrecer a Luis XI entregarse a él. *¡Pues bien! yo, respondió, los doy al diablo (1478).*

Reputados los suizos desde entonces por invencibles, se dejan echar a perder por el orgullo, por las lisonjas de los príncipes, por el oro y el lujo de los extranjeros. De aquí la corrupción en los consejos, la manía de las expediciones y guerras, y que la bravura se hiciese venal; los magistrados alistaban a los acusados que se les entregaban para juzgar, y los mandaban después a pelear; en fin, el mismo gobierno vendió batallones a los extranjeros. Habiendo cortado los milaneses uno de sus bosques, una banda de hombres de Uri corrió a Bellinzona; pero apaciguados por Cicco, juraron no inquietar el ducado. Sixto IV los absolvió del juramento, y les envió el estandarte bendecido de San Pedro, para que fuesen a defender al padre común de los fieles, y ayudar a los señores lombardos a devolver la libertad a Italia. Fueron en el rigor del invierno (1479), y derrotaron en Gior-

nico las fuerzas ducales; después se concluyó la paz bajo condiciones estremadamente ventajosas.

**Luis el Moro.**—Los tios del duque, ayudados por los sacudimientos exteriores, volvieron a levantar cabeza, y de regreso en Milan, destituyeron de sus empleos a Simoneta, a quien hasta hicieron dar muerte (24). Arrojaron después a la duquesa, a pesar de que su debilidad le hacia poco temible, y Luis el Moro fué regente en nombre de su sobrino (1486). Pero allí no se detenían sus deseos; rodeado de sus hechuras, meditaba desembarazarse de Juan Galeazo para reinar en su lugar. Ahora bien, como tenía necesidad para ello de que la Italia se trastornase, apeló a Carlos VIII, de cuya expedición datan una serie de reveses para aquella Italia, cuya peor desgracia es tener siempre desgracias nuevas.

(24) El duque le creía inocente, y en una carta suya que existe en el archivo de Milan, escribe: «La causa principal de su muerte ha sido el señor Roberto (Sanseverino), el cual por su índole perversa y maligna, y por la enemistad y encarnizado odio con que había perseguido siempre a M. Cicco, dedicó todo su cuidado y pensamiento a hacerle morir, no descansando hasta que vió cumplido su intento, como vos, M. Hugo, sabeis demasiado,» etc.

## CAPÍTULO XIX

### TOSCANA.—LOS MÉDICIS.

Hemos seguido las vicisitudes de la Toscana desde el momento en que los florentinos se dejaron adelantar por los pisanos en la adquisición de Luca, y fueron derrotados en la Ghiaja, queriendo recobrar aquella ciudad (1). Los desastres públicos dan siempre vigor al partido popular, en atención a que encontrándose cada uno precisado a contribuir con sus propias fuerzas a la reparación, aprende a conocerlas y quiere ejercitarlas. Con objeto, pues, de abatir el poder de los nobles, habían facilitado a los siervos los medios de emanciparse, ora admitiéndolos en los concejos, ora sosteniéndolos en sus diferencias contra los ricos; después se instituyó un capitán de la guardia o conservador del pueblo, con cien hombres de a caballo y doscientos de a pie; magistrado que sin estar obligado a obedecer las órdenes de justicia, no tenía que dar cuenta sino a los priores de las artes. El primero fué Jacobo Gabril, de Gubbio, que, severo y tiránico, oprimió a los nobles en interés de la plebe, procurando privarles de los castillos que poseían a veinte millas en contorno de la ciudad, proscribiendo a algunos de los Bardi y Frescobaldi, que intentaban hacer una revolución, y haciéndose aborrecer de tal manera, que después de haber espirado su magistratura, fué decidido que ningún Gubbio sería en adelante elegido para los cargos públicos.

**Duque de Atenas.**—Descontentos de la lentitud de los magistrados y de la pérdida de Luca, los florentinos confirieron el señorío a Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que se hallaba a sueldo suyo (1342). «Ni habilidad, ni mérito militar, ni larga amistad, ni el mérito de los servicios, ni sus afrentas vengadas, sino antes bien sus grandes

discordias» (2), reducían a los florentinos a sufrir la dominación de este extranjero. No menos avaro que ambicioso, procuró aprovecharse de las pasiones de todos los partidos y engañarlos a todos, mostrándose pérfido, obstinado, sin piedad y sin fe. Por un lado la antigua nobleza, excluida de los negocios y blanco de los cargos de un poder que no poseía ya, y por el otro ricos vecinos, dominadores orgullosos y detestados, para vengarse del aborrecimiento y del recelo que les inspiraba la plebe, escitaron a porfía al duque a usar del rigor; pero él lo descargó particularmente contra ellos, haciendo revisar los antiguos procesos de los que habían especialmente manejado las rentas del concejo. Obtuvo, halagando a los nobles y a la muchedumbre y favoreciendo a sus partidarios, el entero señorío sin límites de tiempo y sin restricciones (1343). El libro de las ordenanzas de justicia y los estandartes de los gremios fueron quemados; Arezzo, Pistoya, Colle, San Geminio, Volterra, siguieron el mismo ejemplo; y el duque rodeado de mercenarios franceses y borgoñones ejerció la tiranía. Pesados impuestos, juicios intencionales, lujo en festejos y abusos del poder, esto fué lo que proporcionó Gualtero; rodeado de franceses deseosos de botín y de mujeres, exigía rescates a los deudores del Estado para llenar sus arcas, y castigaba sin piedad a cualquiera que vituperaba su gobierno; así un cronista concluyó su relato diciendo: «Mis queridos ciudadanos, guardaos de entregaros a un tirano.» (3)

Gualtero se alió con los pisanos, con los Escaligeros, con la casa de Este y con los Pépoli, bajo la garantía recíproca de sus Estados; al mismo

(1) Véase antes, pág. 27.

(2) Carta del rey Roberto al duque de Atenas.

(3) *Ricordi de FELIPE DE CINO RINUCCINI.*